

como besan á cualquier persona los chicos obedientes cuando se lo manda la maestra. «¡Ay, qué mala he sido!...—exclamó la enferma, también sin efusión, como quien cumple un trámite.—Niña de mi alma, bien haces en querer á la señorita más que á mí, porque yo he sido más mala que arrancada, ¡re...!» Atravesósele el vocablo, y ella hizo como que escupía algo. Luego revolvió á todos lados sus miradas anhelantes, diciendo: «Severiana, ó tú, ó cualquiera, ¡si quisierais darme...!»

Doña Lupe y la comandanta habían entrado también. «¿Qué tal, Mauricia? Hoy es para ti día feliz. Recibes á Dios y ves á tu nena. ¡Oh, qué maja está!»

Pero la Dura tenía todo su ser embargado por la ardentísima ansiedad física que experimentaba, y sus ojos de águila se fijaron en Severiana que escanciaba en un vaso algo del contenido de una botella. El licor brillaba con reflejos de topacio engastado en oro. «¡Cómo lo miras, bribona!—pensó la escéptica y observadora doña Lupe.—Esa es la Eucaristía que á ti te gusta, el Pajarete...» Y viéndoselo tomar, decía la muy picarona: «Eso, saboréate bien y relámete. No lo hacías así cuando recibías á Dios...»

Después del *trinquis* Mauricia pareció como si resucitara, y su cara resplandecía de animación y contento. Entonces sí demostró que en el fondo de su ser existían instintos y sentimien-

tos maternales; entoces sí que abrazó y besó con efusión tiernísima á la hija que había llevado en sus entrañas... Y tanto se excitó, que temiéndole le diera un síncope quitáronle de los brazos á la nena. «Sí, que te lleven, que te quiten de mi lado... No merezco tenerte... Me tienes miedo, rica... Como que cuando seas mañosa, no te dirán «que viene el coco», sino «que viene tu madre». ¡Ay, qué pena!... Pero estoy conforme. Dicen que me tengo que salvar... ¡Ay, qué gusto! Y mi hija está mejor en la tierra con la señorita que conmigo en el cielo... Y nada más.»

Adoración rompió á llorar entre afligida y espantada. Total, que tuvieron que llevársela, porque aquel espectáculo no podía prolongarse. Mauricia seguía dando besos al aire y diciendo cosas que enternecían á las demás... «Sí, sí—pensó doña Lupe, que también estaba conmovida.—¡Cuánto quieres á tu hija!... ¡Te la beberías!»

Fortunata no aguardó al fin de la escena. Sentía en su interior un trastorno tan grande, que una de dos, ó rompía en llanto ó reventaba. Refugióse en el cuarto interior, y echándose sobre un baúl, se echó á llorar. Los sentimientos que desataban aquel raudal de lágrimas no eran únicamente los producidos por la situación del momento; eran algo antiguo y profundo sedimentado en su alma; su tradicional desgracia, el despecho combinado con un vago deseo de ser

buena, «sin poderlo conseguir... Cuidado que esto es de lo que se dice y no se cree...»

Muchas lágrimas había derramado cuando sintió el ruido del coche de Jacinta que partía, y entonces salió á la sala. Doña Lupe se despedía de la comandanta, ofreciéndole tomar diez papeletitas de la rifa de la colcha, y hacía una seña á su sobrina indicándole que era hora de retirarse. Dieron un vistazo y un apretón de manos á la enferma, y salieron. Cuando iban por la calle, doña Lupe, que comprendió cuánto había impresionado á su sobrina el encuentro con la señora de Santa Cruz, intentó dos ó tres veces aludir á esto; pero la prudencia y un sentimiento de delicadeza retuvieron su charlatana lengua.

IV

En el portal de su casa se separaron; doña Lupe subió y Fortunata fué á la botica, donde Maxi estaba solo haciendo un emplasto. Contóle su mujer lo que había visto aquel día, recordando con feliz memoria todos los pormenores. La visita de Jacinta fué omitida discretamente. Al farmacéutico le agradaba que su cara mitad anduviera en aquellos trotes de beneficencia, viese buenos ejemplos y se familiarizara con aquellos cuadros hondamente humanos de la

miseria y de la muerte, pues sin duda serían más provechosos á su espíritu que los saraos, bullangas y diversiones.

A la hora de comer se hablaba de lo mismo, y ponderaba doña Lupe la solemnidad conmovedora del acto de aquel día. Discutióse si debían volver por la noche á la calle de Mira el Río ó irse á Variedades á ver una pieza; mas como Fortunata mostrase gran repugnancia á las funciones teatrales, prevaleció lo primero, y Maxi, muy complacido de aquella aplicación á las obras de piedad, prometió que las acompañaría y que iría á recogerlas á las once. «Y como no haya esta noche quien se quede á velar, me quedaré yo», dijo la viuda, á quien no se le cocía el pan hasta no dar á Guillermina prueba palmaria de humildad y abnegación. Opusieronse á esto el sobrino y su mujer, diciendo el primero que bueno era lo bueno, pero no lo demasiado. La de Jáuregui decía con deliciosa modestia: «¡Si yo no lo hago por buscar un elogio; si no hay en esto el menor asomo de mérito!... Yo resisto perfectamente una noche toledana, y hasta dos y tres. De modo que...»

Las nueve serían cuando los tres entraban por el portal de la casa de corredor, y no fué poco su asombro al ver en el patio resplandor de hoguera y multitud de antorchas, cuyas móviles y rojizas llamas daban á la escena temeroso y fantástico aspecto. ¿Qué era aquello?

Que los granujas de la vecindad habían pegado fuego á un montón de paja que en mitad del patio había, y después robaron al maestro Curtis todas las eneas que pudieron, y encendiéndolas por un cabo empezaron á *jugar al Viático*; el cual juego consistía en formarse de dos en dos, llevando los juncos á guisa de velas, y en marchar lentamente *echando latines* al son de la campanilla que uno de ellos imitaba y de la marcha real de cornetas que tocaban todos. La diversión consistía en romper filas inesperadamente, y saltar por encima de la hoguera. El que llevaba el copón, bien abrigadito con un refajo atado al cuello, daba las zapatetas más atrevidas que se podrían imaginar, y hasta vueltas de carnero, poniendo todo su arte en recobrar la actitud reverente en el momento mismo de tomar la vertical. En fin, que semejante escena daba una idea de aquella parte del Infierno donde deben tener sus esparcimientos los chiquillos del Demonio. Maximiliano y su mujer se detuvieron un rato á ver aquello; pero doña Lupe dirigió á la infantil tropa miradas y expresiones de desdén, diciendo que la culpa la tenían los padres que tal sacrilegio consentían.

Subieron, y cuando Fortunata pasó á la alcoba de Mauricia, que estaba sola, retiróse Maxi, diciendo que volvería á las once. Estaba aquella noche la enferma sumamente inquieta, y lo poco que hablaba no era un modelo de claridad.

El temor de pronunciar palabras malas parecía haberse desvanecido en ella, porque escupió de sus labios algunas que ardían. La memoria no debía de estar muy firme, porque cuando su amiga le dijo: «Sosiegate y acuérdate de lo de esta mañana», replicó: «¡Lo de esta mañana!... ¿qué ha sido?...» Y mirando con extraviados ojos al techo, parecía entregarse al doloroso trabajo de recordar, cazando las ideas como si fueran moscas. Más presente que la administración del Sacramento tenía el *paso* con su hija; ¡ay, qué paso!... «¿No vistes á *la* Jacinta?—preguntó á Fortunata, volviéndose de un costado y poniéndole la mano en el hombro.—¿Habló contigo?... Tú eres una sosona y no tienes genio... Si á mí me llega á pasar lo que te ha pasado á ti con esa pastelera; si el hombre mío me lo quita una mona golosa y se me pone delante, ¡ay!, por algo me llaman *Mauricia la Dura*. Si me la veo delante, digo, y me viene con palabras superfirolíticas... la trinco por el moño y así, así, le doy cuatro vueltas hasta que la acogoto...» Uniendo la acción á la palabra, Mauricia hacía contorsiones violentas, se destapaba, rechinaba los dientes... No pudiendo sujetarla Fortunata, llamó á Severiana: «¡Ay, venga usted. Está diciendo mil disparates... Por Dios, vea usted de reducirla... Dele algo para que se calme, aguardiente...»

«A mí no me puede nadie—gritó la infeliz

con frenesí, los ojos desencajados, forcejeando contra los cuatro brazos que la querían sujetar. —Soy Mauricia la Dura, la que le abrió una ventana en el casco á aquella ladrona que me robaba los pañuelos, la que le arrancó el moño á la Pepa, la que le arañó la cara á doña Malvina la *protestanta*... Suéltame, tierra pastelera, ó de una mordida te arranco media cara. ¡Persona decente tú!... Tú, que dejas un soldado pa tomar otro... Tú, que tienes ya el corazón como la puerta de Alcalá, de tanta gente como ha entrado por él... Ja, ja, ja... Loba, más que loba, so asquerosa, judía, con más babas que un perro tiñoso... Cara de escupidera, zurrón, celemín de peinetas... verás qué recorrido te doy... así, así, y te arranco la nariz, y te escupo los ojos, y te saco todo el mondongo...» Por fin no eran voces humanas las que de sus labios llenos de espuma salían, sino rugidos de fiera sujeta y acorralada. No pudiendo librar sus brazos de los vigorosos que la contenían, sus dedos se agarraron con rabia epiléptica á lo que encontraban, y querían deshacer y rasgar la sábana y la colcha. El fatigoso mugido iba calmándose poco á poco, las contorsiones eran menos violentas, y por fin cayó en un colapso profundísimo. La sedación era instantánea, y á la misma muerte se parecía.

La señora de Rubín estaba aterrada. Severiana le dijo: «Ya ha tenido esta noche tres achu-

chones de éstos, y anteanoche tuvo seis. Si viera el médico la aplacaría dándole esos pinchacitos que llaman *yeciones*... ¿sabe? Una gotita de morfina.» Sin duda por esta frecuencia de los accesos veíalos Severiana con relativa calma, como los que se acostumbran á los prodigios del dolor humano en las clinicas. A poco de tranquilizarse Mauricia, la otra se dedicó á preparar la lámpara que debía arder toda la noche, un vaso con agua, aceite y una mariposa encima.

Media hora estuvo la tarasca como dormida, pronunciando en sueños retazos de palabras y fragmentos de cláusulas groseras, como retumban en lontananza los dejos de la tempestad que ha pasado. Despertó luego, y con voz sosegada dijo á su amiga: «¿Estás aquí?... ¡Qué gusto me da verte! De todas las personas que veo aquí, la que me gusta más eres tú. Te quiero más que á mi hermana. Lo primerito que he de pedirle al Señor cuando me meta en el Cielo, es que te haga feliz, dándote lo que es muy retuyo, lo que te han quitado... Su Divina Majestad puede arreglarlo, si quiere...»

Á Fortunata no se le ocurría nada que responder á estos disparates.

«Porque tú has padecido... ¡pobrecita! Buenas perradas te han jugado en esta vida. La pobre siempre debajo, y las ricas pateándole la cara. Pero déjate estar, que el Señor te arregla-

rá, haciendo justicia y dándote lo que te quitaron. ¡Lo sé, lo he soñado ahora, cuando me dormí pensando que me moría y que entraba en el Cielo escoltada por la mar de angelitos... tan monos!... Créetelo, porque yo te lo digo... Y yo, *mismamente* le he de decir á la Virgen y al Verbo y Gracia que te hagan feliz y se acuerden de las amarguras que has pasado.»

Callóse un instante, y después de los dos ó tres suspiros que Fortunata echó de su seno, volvió á hablar la enferma de este modo: «¿Has visto á Jacinta?... porque ella fué quien trajo á mi niña. Es un serafín esa mujer... Ahora cuando me pensé que estaba en el Cielo, la vi encima de una nube con un velo blanco... Estaba allí, *entremedio* de aquellos grandes corros de ángeles. ¿Será que se va á morir? Lo sentiré por mi niña. Pero Dios sabe más que nosotras, ¿verdad? y lo que él hace, bien sabido se lo tiene... Pero dime: ¿te habló ella? ¿Le soltaste alguna patochada? Harías mal. Porque ella no tiene la culpa. Perdónala, chica, perdónala; que lo primero para salvarse es perdonar á una parte y otra. Mírame á mí, que no hago más que lo que me manda el padre Nones, y he perdonado á la Pepa, á la Matilde, que me quiso envenenar, y á doña Malvina la *protestanta* y á todo el género mundano... ¡re...! Párate boca, que ya ibas á soltarlo... Pues sí, perdonar; créetelo porque yo te lo digo. ¿Ves qué tranquila estoy? Pues á cuen-

ta que lo mismo estarás tú, y Dios te dará lo tuyo; eso no tiene duda... porque es de ley. Y por la santidad que tengo entre mí, te digo que si el marido de la señorita se quiere volver contigo y le recibes, no pecas, no pecas...»

Fortunata creyó prudente mandarla callar, pues aquel concepto se armonizaba mal con la santidad de que hacía gala su amiga.

—Me parece—le dijo—que si el padre Nones te oye eso te ha de reprender... porque ya ves... quien manda manda, y está dispuesto que no sean las cosas así.

—¡Qué risa contigo! ¿Pues tú qué sabes? Yo estoy arrepentida de todo lo malo que he hecho; yo he perdonado á todo Cristo. ¿Qué más quieren? Esto que te cuento es, como quien dice, una idea. ¿No puede una tener una idea?... Cuando me muera, veremos, créetelo... el Santísimo me dirá qué tengo razón...

Callóse fatigada, y Fortunata le impuso silencio. De repente determinóse una brusca sacudida en su espíritu, y tomándole la mano á su querida amiga y apretándosela mucho, le dijo con expresión de terror:

—¿Qué te parece á ti, me salvaré yo?

—¿Pues qué duda tiene?—replicó la otra tranquilizándola.—Dicen que aunque los pecados de una sean tantos como las arenas de la mar... figúrate tú la cantidad de arenas que habrá en todita la mar...

—¡Oh!... ¡Si habrá arenas en todita la mar y sus arenales!—repitió Mauricia con voz patética.

—Pues aunque los pecados de una sean más que las arenas, Dios los perdona cuando una se arrepiente de verdad.

—¿Y crees tú que una idea, pongo por caso, es también pecado?

—Según y conforme. Pero tú no tienes malas ideas. Estate tranquila.

—Dios te oiga... Se me arranca el alma de verte penando... con un hombre que no quiere... ¡qué traspaso! Chavala querida, muérete y vente conmigo. Verás qué bien vamos á estar las dos allá. ¡Porque te quiero tanto!... Dame un abrazo, hija, y muérete conmigo.

—No lo digas mucho—balbució Fortunata conmovidísima, acariciando á su amiga.—Bien podría ser que me muriera pronto. Para lo que yo hago en este mundo... no sé... valdría más... ¡Ay, qué desgraciada soy!

—¡Re...! ¡Bendita sea tu alma! Lo primerito que le pido al Señor, lo juro por estas cruces, es que te mueras.

Las dos se echaron á llorar.

En tanto doña Lupe sostenía una gallarda disputa con Severiana. «Ya lo he dicho y no hay más que hablar. Yo me quedo esta noche para que usted descanse un poco.»—«Señora, no lo consiento. Hay vecinas que se quieren quedar.»—«¡Vecinas!... Aviada está la enferma con

las vecinas. ¡Son tan torpes y tan descuidadas!... Verá usted cómo trabucan las medicinas y le encajan una por otra.»—«¡Oh!, no, señora; no consiento que usted se moleste.»—«Repito que me quedo, ¡vaya! Si no hay en ello mérito alguno, ni sacrificio. No me cuesta ningún trabajo estar en vela toda la noche. Y además, hija, hay que hacer algo por el prójimo. Velaremos, pues, y no me hable usted de gratitud, que es ridículo hacer tanto aspaviento por lo que no vale tres cominos.»

La viuda de Jáuregui no hacía gran sacrificio, y su determinación estaba calculada con habilidad, pues como una de las vecinas le dijera que Guillermina pensaba echar un guante al día siguiente para atender á las apremiantes necesidades de algunos inquilinos de la casa, doña Lupe pensó de esta suerte: «Con quedarme á velar, cumplo; y eso del guante no va conmigo, porque en todo el día de mañana no parezco por aquí, ni á media legua á la redonda.»

Severiana explicó minuciosamente á la señora cuanto había que hacer, advirtiéndole que la llamase si ocurría algo extraordinario. Otra vecina se quedaba también en calidad de ayudante. A las doce Fortunata se retiró á su casa con su marido, que fué á buscarla. Cogiditos del brazo recorrieron el trayecto más tortuoso que largo que les separaba de su domicilio, hablando de alcoholismo y de beneficencia domi-

ciliaria, y poniendo muy en duda que doña Lupe resistiese toda la noche sin dormirse, pues era persona que en dando las diez ya estaba haciendo cortesías aunque se encontrase en visita.

A la mañana siguiente determinó la esposa ir á enterarse de la noche toledana que habría pasado doña Lupe, y Maximiliano no se opuso á ello. Cumplidas las sabias órdenes que había dado la directora de la casa, Fortunata salió con Papitos; y después de encaminarla á la compra, indicándole algunas cosas que debía tomar, separóse de ella en la plazuela de Lavapiés para dirigirse á la calle de Mira el Río. Encontró á su tia en el cuarto de la comandanta, en un estado verdaderamente aflictivo, ojerosa, con la cabeza pesada y un humor poco dispuesto á las bromas.

—¡Bien por las valentías!...—le dijo Fortunata.—¿Y qué tal se ha portado la enferma?

—No me hables, hija; noche más perra no la he pasado en mi vida. No me ha dejado ni siquiera descabezar un sueño de diez minutos. La maldita parecía que lo hacía á propósito y por vengarse de lo muy derecha que la he obligado á andar cuando me corría mantones... Figúrate: en un puro delirio hasta que Dios amaneció. Juraría que todo el aguardiente que ha bebido en su vida se le subió á la cabeza esta noche. Ya se levantaba, ya se revolvía, echaba

las piernazas fuera de la cama, y los brazos como aspas de molino... ¡Luego unas voces y unos berridos!... Ya sabes el diccionario que gasta... Y á lo mejor se quedaba como un gato que acecha, los ojos como ascuas y hablando bajito, bajito, y señalando para la mesa en que está el altar y la lamparilla, decía: «Mirenlo, mirenlo; allí está.» ¡Á mí me daba un miedo!... Prefería oirla gritar... Créete que me horripilaba cuando le veía señalar á la luz y al altarito.

Doña Lupe empezó á tomar el chocolate que le trajo doña Fuensanta, y á renglón seguido continuó la relación, imitando la voz y la actitud de la delirante.

—Y se ponía así: «Allí está, mirenlo... el *señor* de Sor Natividad... La bribona lo tiene preso... Bribona, más que loba...» ¿Sabes tú quien es el *señor*... con retintín de Sor Natividad? Pues la custodia, hija, el Santísimo... Y seguía: «Ahora voy allá, te cojo, te saco y te echo al pozo...» ¡Al pozo! ¿has visto? ¡Arrojar la custodia al pozo! Mira tú si tendrá malas ideas... Luego dice que se salva. ¡Como no se salve esa!... Me ha dicho Severiana que cuando delira fuerte, siempre sale con eso, con que va á sacar del Sagrario la custodia y á guardarla en su baúl, ó qué se yo qué. Verás: soltaba una risa que á mí me ponía los pelos de punta, y decía muy callandito: «¡Qué guapo estás con tu cara blanca, con tu cara de hostia dentro del cerco de piedras

finas!... ¡Oh, qué reguapo estás! No creas que te robo las piedras... Para nada las quiero... Me gustas... ¡te comería! No me digas que no te coja, porque te cojo, aunque me muera y me echés al infierno... Sor Natividad te falta, para que lo sepas; te falta con el padre Pintado...» En fin, hija, que era un horror. Suprimo las flores que iba entreverando, porque me ardería la boca.

Doña Lupe hizo esfuerzos por atraer hacia su paladar, con la lengua y con los rechupidos de sus labios, lo que en el fondo del pocillo quedaba, y conseguido esto al fin, acabó así: «Con estos disparates sacrilegos estuve toda la noche en vilo, horrorizada, el estómago revuelto y deseando que el día llegara.»

—Me lo figuraba—dijo Fortunata, y después le dió cuenta de lo que había dispuesto y de lo que le indicó á Papitos que comprase.

—¡Ay! Me parece que he estado un año fuera de mi casa. Me ocurría que no sabría desenvolverse y que la mona se declararía en cantón, haciendo lo que le daba la gana. Ahora á casa, que es madre. Ya hemos cumplido. Claro que esto no es ninguna santidad extraordinaria, ni un caso de heroísmo; pero algo es algo...

Vieron entonces que Guillermina pasaba en dirección al cuarto de Severiana, y doña Lupe corrió á recibir de su boca augusta los plácemes que merecía. «¡Oh, qué buena es usted!—le di-

jo la santa, estrechándole las manos.—¡Quedarse aquí cuidando á esta pobre!... No, no diga usted que esto no vale nada. Vaya si vale. ¡Dejar las comodidades de su casa para velar á la cabeza de una infeliz!... Pues lo que yo sé es que no lo hacen todas... Dios se lo pagará. Más de agradecer es esto que los donativos que hacen otras... quedándose muy abrigaditas en sus camas... porque esta es la verdadera caridad que sale del corazón... En fin, veo que su modestia se ofendé, amiga mía, y no quiero sacarle á usted los colores á la cara. Gracias, gracias.»

Doña Lupe estaba muy satisfecha; pero sospechando que la fundadora iba á sacar el temido guante, se despidió con prisa. «Amiga de mi alma, la obligación me llama á mi choza...»

—Sí, si—le dijo Guillermina.—La obligación antes que nada. Hasta luego.

Y llevando aparte á Fortunata en el corredor, su tía le dijo: «Tú te quedarás aquí un ratito; si hay petitorio, no quedaremos nosotras en mal lugar. Le dices que apunte un duro por ti y otro por mí. Es bastante. Bien debe saber que no somos potentadas. No me gustan guantes; pero sé cumplir en todas las circunstancias y no hacer un mal papel. Un duro por ti y otro por mí; no lo olvides. No digas si podemos ó no podemos más. Tú lo sueltas seco, sin achicarte ni engrandecerte; que ella, aunque se le dé un ochavo, siempre da las gracias con la mis-

ma boquita de merengue. Vaya... Mentira me parece que he de verme en mis cuatro paredes...»

V

Cuando Fortunata, después de un ratito de palique con la comandanta, penetró en la otra casa, vió cosas que la pasmaron. Guillermina, dejando su mantilla y su libro de misa sobre el sofá, desempeñaba junto á Mauricia las obligaciones más penosas del arte de cuidar enfermos, acometiendo con actividad maquinaal las faenas más repugnantes como persona que tiene la obligación y la costumbre de hacerlo. Severiana se esforzaba en impedirlo; pero Guillermina no cedía. «Déjame tú... si á mí esto no me cuesta ningún trabajo... Vete á ver lo que quiere Juan Antonio, que está dando voces hace un rato.» La pobre menestrala deseaba tener tres ó cuatro cuerpos para atender á todo. «Hombre, ten consideración. ¿Cómo quieres que deje á la señora en...?» Al ver la de Rubín este tráfago y la poca gente que había para tan diversos quehacéres, brindóse gustosa á ayudar. Lo que hacía Guillermina era para asustar á cualquiera. Fortunata no se creía con valor para tanto. Y sin embargo, al ver á la insigne dama aristocrática humillarse de aquel modo, avergonzóse

de no tener valor para imitarla, y sacando fuerzas de flaqueza, ofreció su ayuda. Como hija del pueblo, no quería ser menos que la *señora de la grandeza* en aquellos bajísimos menesteres... «Quite usted allá, por Dios, hija...—replicó la santa.—No faltaba más; no lo consiento... de ninguna manera. ¿Es que quiere usted ayudarnos? Pues si tan buen deseo tiene, barra la sala, que va á venir el médico.»

Apenas hubo cogido Fortunata la escoba, entró Severiana, y que quieras que no, se la quitó de las manos. «No faltaba más... señorita. Se va usted á poner perdida...»

—Por Dios, déjeme usted que le ayude. ¿Quiere que le haga el almuerzo á su marido?

—¡Qué cosas tiene!...

—¡Ay, qué gracia!... ¿Cree usted que no sé?... La tortillita en la fiambra, y el pan abierto con la sardina dentro. Si he hecho yo en mi vida más almuerzos de obreros que pelos tengo en la cabeza...

—Hemos encendido la lumbre en la casa de la vecina. Allá está doña Fuensanta; pero va á salir á la compra, y si usted hiciera el favor...

Fortunata no necesitó más, y fué á la otra casa, donde encontró á la comandanta muy afanada, porque no era un almuerzo, sino tres los que tenía que preparar: el de Juan Antonio y el de dos obreros más, cuyas respectivas mujeres se habían ido ya para la fábrica, dejándole

aquel encargo. «Váyase usted á la compra—le dijo,—que de las tortillas se encarga una servidora...» Mucho agradeció esto doña Fuensanta, y poniéndose su toquilla encarnada, quedándose con la bata de tartán y las gruesas zapatillas de orillo, cogió el cesto y el portamonedas y fué á pedir órdenes á Severiana, que estaba en la sala, dentro de una nube de polvo. «Tráigame usted un codillo como el del otro día, para ponerlo en sal... Un cuarterón de agujas cortas... Tocino hay en casa... ¡Ah!, no olvide las zanahorias, ni el cuarto de gallina... Si trae para usted sesada de carnero, cómpreme otra á mí... Oiga, oiga: si ve una buena lengua, tráigamela descargada, y la salaremos para las dos...»

Salió la viuda del comandante renqueando por aquellas escaleras abajo, y á poco partieron Juan Antonio y los otros dos obreros con sus saquitos de comida en la mano. La señora de Rubín había desempeñado su cometido con tanta presteza como acierto, y mientras se lavaba las manos, dejóse llevar por su vagabundo pensamiento á un orden de ideas que no era nuevo en ella. «¡Si es lo que á mí gusta, ser obrera, mujer de un trabajador honradote que me quiera!... No le des vueltas, chica, pueblo naciste y pueblo serás toda tu vida. La cabra tira al monte, y se te despega el señorío, créetelo, se te despega...»

Cuando pasó á decir á Severiana que estaba

servida, ésta había concluido de limpiar la sala. Como había tan mal olor allí, trajeron una paletada de carbones encendidos, y echando un puñado de espliego, la pasearon por toda la casa desde el pasillo hasta la cocina. Después del zahumerio, Fortunata entró á ver á Mauricia, á quien encontró muy mal, en un estado de decaimiento y postración muy visibles. El médico, que llegó entonces, la examinó detenidamente, observando hinchazón en las piernas y en el vientre. La parálisis agitante crecía de una manera aterradora. Antes de partir el doctor habló con Guillermina en la sala, diciéndole que aquello no podía menos de acabar mal, y que á todo tirar, tiraría dos días... Acercábase Fortunata para enterarse de esto, cuando vió entrar inesperadamente á una persona, cuya presencia le hizo el efecto de una descarga eléctrica.

«¡Jesús, esa mona otra vez!... Yo me voy.»

Jacinta y Guillermina hablaron un momento con el médico, que se despidió luego. «Entraré un ratito á verla—dijo la Delfina á su amiga, sentándose en el sofá.—¿Va usted á estar aquí mucho tiempo?»

—Tengo que pasar al otro corredor á ver al zapatero... Pobre hombre, no ha querido ir al Hospital. Yo no había visto nunca un caso de hidropesía semejante. La barriga de ese infeliz era anoche como un tonel... Y ya le han dado tres barrenos; pero el de ayer con tan mala for-

tuna, que no le sacaron más que medio litro, y dicen que tiene en aquel cuerpo la friolera de catorce litros... ¡Qué humanidad, Dios mío!

Fortunata pasó á la otra sala, y á poco volvió diciendo que Mauricia dormía profundamente. La fundadora hizo entonces una observación humorística. Dirigiéndose á las dos, les dijo: «¿Oyen ustedes ese trombón que toca la marcha real?» En efecto, se oía bien clara, aunque lejana, la marcha real, tocada con verdadero frenesí por Leopardi, que en la repetición le ponía un lujo escandaloso de mordentes y apoyaturas. «Pues ese pobre hombre—añadió la santa conteniendo la risa,—desde que se entera que estoy aquí, se pone á tocar como un descosido. Es la manera de recordarme que le prometí vestirle, porque el desventurado está mejor de pulmones que de ropa. Mira—propuso á Jacinta, cogiéndole un brazo:—en cuanto vayas hoy á tu casa, has de ver si tiene tu marido algunos pantalones que no le sirvan... Puede que no tenga, ¡porque ya hemos hecho tantos escrutinios en su guardarropal...»

—No sé, no sé...—dijo la señora de Santa Cruz, procurando recordar;—me parece...

—Si no—manifestó prontamente la de Rubin,—yo traeré unos del mío...

—Dios se lo pagará á usted... Porque verdaderamente parte el corazón ver á ese pobre hombre, en este tiempo, con unos calzones de

hilo, de los que traen los soldados de Cuba...

Salió Guillermina para ir al almacén de maderas de la Ronda, y Jacinta la acompañó hasta el corredor. Sentóse Fortunata en el sofá, creyendo que las dos se marchaban. Pero la de Santa Cruz, después de hablar con su amiga de varias cosas, le dijo: «Aquí la espero á usted. Lleve mi coche, y luego me recogerá y nos iremos juntas.» Entró inmediatamente, sentándose también en el sofá.

¡Ponerse á su lado! ¡No conocerle en la cara que las dos no podían estar juntas en parte alguna!... Esto pensaba la mujer de Maxi, que sintió deseos de huir, y luego vergüenza y miedo de hacerlo. Si la otra le hablaba, no tendría más remedio que responderle. «Pues si yo le dijera quién soy, la haría temblar. Veríamos entonces quién temblaba más.»

Jacinta la miró. Ya el día anterior había despertado su curiosidad hermosura tan expresiva. Y cuando sus ojos se encontraban con el rayo de aquellos ojos negros, sentía una impresión no muy grata, al modo de esos presentimientos inseguros, que son, no como el contacto de un objeto, sino como la sensación del aire que hace el objeto al pasar rápidamente.

—Según ha dicho el médico—indicó la Delina decidida á pegar la hebra,—la pobre Mauricia no saldrá de ésta.

—No saldrá la pobre—opinó Fortunata algo

cortada, porque le asaltaba la idea de que su lenguaje no sería bastante fino.

—Si sigue así, traeré esta tarde á la niña para que la vea... De todos modos debo traerla ¿no le parece á usted?

—Si, tráigala.

Jacinta sabía que aquella desconocida no era soltera, porque había ofrecido unos pantalones *de su marido*. Hizole, pues, la pregunta que ingenuamente se le salía siempre de los labios cuando se encontraba delante de una casada:

—«¿Tiene usted niños?»

—No, señora—replicó la de Rubín con alguna sequedad.

—Yo tampoco. Pero me gustan tanto los niños, que tengo verdadera manía por ellos, y los ajenos me parece que deberían ser míos... Y créalo usted, no tendría escrúpulo de conciencia en robar uno, si pudiera...

—Pues yo también, si pudiera...—declaró Fortunata, que no quería ser menos que su rival en aquello de la manía materna.

—¿Pero es que se le han muerto á usted, ó que no los ha tenido?

—Tuve uno, sí, señora... va para cuatro años...

—¿Y en cuatro años no ha tenido usted más que uno? ¿Qué tiempo lleva usted de matrimonio? Perdome mi indiscreción.

—¿Yo?...—murmuró la otra vacilando.—Cinco años. Yo me casé antes que usted...

—¡Antes que yo!

—Sí, sí, señora... Pues decía que tuve un niño y se me murió, sí, señora, y si me viviera, le digo á usted que...

Como advirtiera la dama en los ojos de su interlocutora una lucidez y movilidad singularísimas, sospechó si aquella mujer padecería enajenación mental. Su tono y su mirar eran muy extraños, impropios del lugar y de la sosegada conversación que ambas sostenían. «A esta mujer hay que dejarla—pensó Jacinta;—me callaré.»

Guardaron silencio un rato mirando al suelo. Jacinta no pensaba en nada importante; Fortunata sí, y por la mente le pasó toda su historia como envuelta en una nube de fuego. Se le vinieron á la boca palabras duras para increpar á aquella *mona del Cielo*, que le había quitado lo suyo. ¿Pues no era esto una gran injusticia? Los agravios se le revolvían en el seno, saliéndole á los labios en esa forma descomedida y grosera de las hijas del pueblo cuando se ponen á reñir. «¡La cojo y la...!—decía para sí clavándose las uñas en sus propios brazos.—¿Que es un ángel? Pues que lo sea... ¿Que es una santa? ¿Y á mí qué?...» Pero de los labios para fuera, nada... «¡Qué cobarde soy! Con una palabra la haré caer redonda, y me tendrá un miedo tan grande que no le darán ganas de volverme á hacer preguntas...»

En esto *la mona del Cielo*, impaciente porque no venía Guillermina, salió un instante al corredor. Al verse sola, creyó sentirse la otra con más valor para dar un escándalo... Toda la rudeza, toda la pasión fogosa de mujer del pueblo, ardiente, sincera, ineducada, hervía en su alma, y una sugestión increíble la impulsaba á mostrarse tal como realmente era, sin disimulo hipócrita. «¡Si no volverá!...—se dijo mirando al corredor, y al decir esto su espíritu volvía sobre sí, penetrándose del sentido lógico de las cosas.— Ella es una mujer de mérito y yo he sido una perdida... Pero yo tengo razón, y perdida ó no, la justicia está de mi parte... porque ella sería yo, si estuviera en mi lugar...»

En esto vió que *la mona* volvía... Verla y cegarse fué todo uno. No podía darse cuenta de lo que le pasó. Obedecía á un empuje superior á su voluntad, cuando se lanzó hacia ella con la rapidez y el salto de un perro de presa. Juntáronse, chocando en mitad del angosto pasillo. La prójima le clavó sus dedos en los brazos, y Jacinta la miró aterrada, como quien está delante de una fiera... Entonces vió una sonrisa de brutal ironía en los labios de la desconocida, y oyó una voz asesina, que le dijo claramente: «Soy Fortunata.»

Jacinta se quedó sin habla... Después lanzó un ¡ay! agudísimo, como la persona que recibe la picada de una víbora. En tanto Fortunata movía

la cabeza afirmativamente con insolente dureza, repitiendo: «Soy... soy... soy la...» Pero tan sofocada estaba, que no articuló las últimas palabras. La Delfina bajó los ojos, y dando un tirón se soltó. Quiso decir algo; no pudo. La otra se apartó, echando llamas de sus ojos y resoplidos de su pecho, y andando hacia atrás siguió diciendo, sin que las palabras llegaran á articularse: «Te cojo y te revuelco... porque si yo estuviera donde tú estás, sería...» Aquí recobró el aliento, y pudo decir: «¡Mejor que tú, mejor que tú!...»

La de Santa Cruz recobró primero la serenidad, y entrando en la sala volvió á ponerse en el sofá. Su actitud revelaba tanta dignidad como inocencia. Era la agredida, y no sólo podía serenarse más pronto, sino responder á la ofensa con desdén soberano y aun con el perdón mismo. La otra sintió, por el contrario, tremendo peso dentro de sí. ¡Ay!, su acción descompuesta y brutal le gravitó en el alma como si la casa se le hubiera desplomado encima. No tuvo ánimo para entrar también; tembló de pensar lo que le diría Severiana si se enteraba; pues ¿y doña Guillermina?... Refugióse en el cuarto de la comandanta, donde había dejado velo y manguito. La cobardía que sintió impulsábale á correr hacia la calle. Huir, sí, y no volver á poner los pies en aquella casa ni en parte alguna donde pudiera tener tales encuentros...

Salió sin hacer ruido, deslizándose, y al pasar frente á la puerta, miró y la vió allá dentro, al extremo del largo pasillo, que parecía un antejo. La veía de perfil, la mano en la mejilla, muy pensativa, y Jacinta no la veía á ella. Bajó y se puso en la calle, acordándose de una de las principales recomendaciones que le había hecho Feijóo: «No descomponerse nunca.» Pues bien se había descompuesto aquel día... «Pero verdaderamente—discurrió tratando de serenarse.—Yo ¿qué le he hecho? Nada... Únicamente decirle quién soy, para que me conozca...»

¡Cosa extraña! Le entraron ganas de esperar para verla salir. Púsose de centinela en la calle del Bastero, y cinco minutos después vió á la fundadora entrar en la casa. «Han de subir por la calle de Toledo—pensó;—desde allí las veré sin que me vean.» Siguió á la calle de Toledo, poniéndose en acecho en la acera de enfrente, junto á la puerta de una taberna. Al cabo de un cuarto de hora apareció por la bocacalle la berlina con las dos damas. «Hablan de mí, y le está contando cómo pasó el lance... Me imita, remedando mi movimiento, cuando la cogí por los brazos... ¿Qué dirán, Dios mío, qué dirán? Me parece oírlas... Que soy un trasto y que me debían mandar á presidio.»

VI

Cuando subía la escalera de su casa, se iniciaba en la conciencia de la joven una reprobación clara de lo que había hecho. «... Hubiera sido mucho mejor—pensó deteniendo el paso y tardando un minuto de escalón á escalón—decirle aquello de *yo soy Fortunata* con calma, reparando bien qué cara ponía ella al oírlo, y luego quedarme tan fresca esperando á ver por qué registro salía, ó echarle tres ó cuatro chinitas, diciéndole que yo también soy honrada, claro, y que su marido es un tunante... á ver por dónde la tomaba.»

Al entrar en la casa halló á doña Lupe muy incomodada con Papitos, sobre cuya inocente cabeza descargaba el mal humor que la noche en vela le produjo. Cuanto se había hecho en su ausencia le parecía mal, dejándose decir que ni tan siquiera para una obra de caridad podía salir de casa, pues en cuanto volvía la espalda era todo un desbarajuste. Fortunata comprendió que también quería meterse con ella; mas no teniendo ganas de reñir, dejaba sin contestación sus refunfuños. «Mira que es pifia mandar traer esta babilla y esta falda que no sirve ni para el gato. Tienes la cabeza llena de viento. Nada, en cuanto yo me descuido, ya no das pie con bola.»

Fortunata empezaba á sentirse mal. Tenía escalofríos, dolor de cabeza y ganas de bostezar á cada momento. Conocióle doña Lupe en la cara la desazón, y le preguntó con gran interés:

—«¿Tienes ascos, mareos?...

—No sé lo que tengo; pero me acostaría de buena gana.

Doña Lupe, al irse á la cocina, iba pensando que aquellos síntomas podrían anunciar tal vez la probable reproducción del tipo de Rubín en la especie humana; pero bien sabía la otra que no era nada de esto, y sin más explicaciones echóse, bien envuelta en una manta, en el sofá de su cuarto. Después que se le aplacara el frío, sintió somnolencia, que la llevó á un delirio tranquilo, reproduciendo en su mente la escena aquella con varias adiciones de importancia. ¿Eran éstas algo que con la prisa no pudo decir, pero que debió haber dicho, ó eran simplemente desvarios de su cerebro encendido por la calentura?... «¡Si creará esta señora que no hay en el mundo más mujeres honradas que ella!... Que se le quite á usted eso de la cabeza. ¡Vaya con el modelo!... ¡A buena parte viene usted!... ¿Sabe usted, niña, que como á mí se me meta en la cabeza le doy á usted honradez y virtudes por los hocicos hasta que no quiera más? Porque eso es cuestión de decir: «¡Ea!...» Sí, y si me atufó no hay quien me tosa. Pues ¿qué cree usted, que á mí me costaría trabajo cuidar enfermos y

dármelas de muy católica? Pues sí á mano viene me pondré el mejor día á cuidar y limpiar y revolver los enfermos más podridos, y me vestiré una saya, y recogeré niños que no tengan padres, que de eso y de mucho más soy yo capaz... ¡Vaya con la *mona del Cielo!* Ea... no venga acá vendiendo mérito... ¡Y ángel me soy! Pues para que lo sepa, también yo, si me da la gana de ser ángel, lo seré, y más que usted, mucho más. Todas tenemos nuestro ángel en el cuerpo...»

Después de esto tornó á ver con claridad las cosas, y dejando vagar sus miradas por la habitación solitaria y semiobscura, pensaba en lo mismo, pero apreciando mejor la realidad de las cosas. En aquella meditación, lo que descollaba, después de vueltas mil, era un vivo deseo de ser no sólo igual, sino superior á la otra. El cómo era lo difícil. «Porque lo primero que tengo que hacer es querer á mi marido, y portarme bien para que se olviden las maldades que he hecho...»

El pensamiento, recorriendo todas las caras del tema, iba de las cosas más sutiles á las más triviales. «Me tengo que hacer una falda enteramente igual á la que llevaba ella... lo mismito, con aquel tableado; y si encontrara tela igual... La verdad es que tiene la mona un aire de señorío y de... de... ¿de qué? De majestad, sí... ¡Bah!, esto es idea, idea nada más de los que la

miran, porque con aquello de que es ángel... A saber si lo es realmente, que las apariencias engañan...»

Sacóla de esta cavilación doña Lupe, que entró con pisadas de gato, y le dijo que era preciso tomara algo. Negóse Fortunata á comer cosa alguna, y dijo que lo único que apetecía era una naranja para chuparla. «¿Antojitos ya?», murmuró la tía sonriendo, y mandó á Papitos por la naranja.

Mientras la chupaba, haciéndole un agujerito y apretándola como aprietan los chicos la teta, á la señora de Rubín le pasó por el cerebro otra ráfaga de aquel furor, que determinó el acto de la mañana. «Tu marido es mío y te lo tengo que quitar... Pinturera... santurrona... ya te diré yo si eres ángel ó lo que eres... Tú marido es mío; me lo has robado... como se puede robar un pañuelo. Dios es testigo, y si no, preguntale... Ahora mismo lo sueltas, ó verás, verás quién soy...»

Quedóse dormida, dejando caer al suelo la naranja. Despertó al sentir sobre su frente la mano de su amante esposo, que había subido á comer, y enterado de que estaba indispuesta, se asustó mucho. Doña Lupe quiso hacerle concebir esperanzas de sucesión; pero él, moviendo la cabeza con expresión escéptica y desconsolada, entró en la alcoba y le palpó la frente á su mujer.

—Hija de mi vida, ¿qué tienes?

Al oír esta ternura, y al ver delante la figura de Maxi, Fortunata sintió fuerte sacudida en su interior. Como una neurosis constitutiva de esas que se manifiestan de repente cuando menos se las espera, así se presentó en el alma de la joven, de golpe, y á manera de explosión de pólvora, la aversión que su marido le había inspirado en otro tiempo. Lo primero que pensó fué cómo había retoñado tan de repente la infame planta del odio que ella creía seca y muerta, ó al menos moribunda. Le miraba, y mientras más le miraba, peor... Se volvió del otro lado, respondiendo con sequedad: «Nada.»

—¿Sabes lo que dice la tía?... oye...

La opinión de la tía aumentaba la malquerencia de la sobrina y el vivo deseo de perder de vista á su marido. Cerrando los ojos, invocó á Dios y á la Virgen, de quien esperaba auxilio para poder curarse de aquella insana antipatía; pero ni por esas... «¡Si no le puedo ver; si me iría al fin del mundo por no verle!... ¡Y yo creí que le iba tomando cariño! ¡Buen cariño nos dé Dios! Ni sé yo en qué estaba pensando Feijóo... Tonto él, y yo más tonta en hacerle caso.»

Maxi, al tomarle el pulso, echó por aquella boca una retahila de frases de medicina, concluyendo por decir: «Subiré esta noche un antiespasmódico, jarabe de azahar con bromuro, y quizás, quizás, unas pildoritas de sulfato de